

RESERVA BIBLIOGRÁFICA

Proprietarios, empresarios y empresa en el norte de México. Monterrey de 1848 a la globalización,
Mario Cerutti,
México, Siglo XXI, 2000, 262 pp.

Jaime Mendoza Martínez*

Con el libro *Proprietarios, empresarios y empresa en el norte de México. Monterrey de 1848 a la globalización*, Mario Cerutti realiza un aporte más a la comprensión de la historia económica del norte de México. El trabajo es una síntesis de diversos resultados de investigaciones que ha efectuado desde 1983 y que han girado, primordialmente, en torno a Monterrey y su ámbito regional durante los siglos XIX y XX. En su desarrollo temático, una parte fundamental tiene que ver con los propietarios y las familias predominantes en el norte de México desde la segunda parte del siglo XIX y su prolongación actual en empresarios y empresas que “afroitan con cierto éxito la tan famosa como exigente globalización”. En este recorrido de unos 150 años, Cerutti no sólo analiza los temas antes mencionados sino que revisa la economía de frontera, el sistema regional de poder que instauró Vidaurri, la relevancia de la Guerra de Secesión estadounidense para el noreste, el impacto de los ferrocarriles, las distintas

fases del crecimiento industrial de Monterrey, los conglomerados, el proteccionismo, entre otros temas.

Un aspecto que destaca en este ensayo es el concerniente al avance que Cerutti logra en sus investigaciones históricas con la realización de estudios más contemporáneos para sumarlos a los que realizó, previamente, del periodo 1850-1910. Su propósito es describir y analizar el surgimiento de grupos empresariales regionales que lograron trascender en el tiempo, definieron cierta importancia en la economía nacional y mostraron alta capacidad de adaptación y condiciones de liderazgo a escala del Estado-nación. Para lograrlo, Cerutti busca operar con plazos más extensos, con fenómenos y hechos observados en el largo plazo. Sitúa a la historia económica como una historia de “aliento sostenido” de amplitud secular. Se ubica, siguiendo a Braudel, en una fórmula contraria a lo que se conoce como historia de los acontecimientos para pasar a una historia de larga, incluso de muy larga, dura-

*Investigador de la Dirección Regional de Matamoros de El Colegio de la Frontera Norte. Dirección electrónica: jaimemendoza@infosel.net.mx.

Reseña recibida en enero de 2001.

ción. Con ello pretende salvar las debilidades de los estudios de coyuntura que suelen convertirse en “una venda que impide detectar procesos”. Otro rasgo fundamental del estudio es que Cerutti pretende explicar la historia económica a partir de una zona económica con límites relativamente fijos, es decir, aplica una metodología regional para entender principalmente lo que sucedió en el sur de Texas y el nordeste de México. Este camino ayuda a reinterpretar los tópicos liberales que construyeron una única historia nacional para dar paso a historias de Méxicos, en plural. Como lo confirma el autor, “las miradas nacionales descuidan las diferencias regionales”.

En este contexto, el autor divide su trabajo en dos grandes partes, correspondiendo a los acontecimientos esenciales relacionados con los orígenes, trayectoria y desenvolvimiento de los empresarios y las empresas del norte de México en general, y de Monterrey, en particular. El primero es un apartado titulado “De 1848 a la industria pesada”, en el que se pasa revista a la historia económica de Monterrey y su ámbito territorial desde el momento en que se definió la nueva línea fronteriza en 1848 hasta el inicio de la Revolución Mexicana en 1910. El segundo apartado, titulado “Revolución, proteccionismo, globalización”, continúa el análisis de este espacio geográfico desde la revolución hasta finales del siglo XX, en la etapa de la llamada globalización.

En principio se presta atención a los años previos a 1848 cuando donde Monterrey inició a tejer, desde los años veinte, relaciones mercantiles que sobresalían en la

dinámica económica de la región y porque se propició una experiencia comercial que llegaría a ser fundamental años después. En un escenario caracterizado por la apertura del puerto de Matamoros, la estratégica ubicación del valle del bajo Bravo, la influencia creciente que tuvo el puerto de Nueva Orleans y por la relevancia que cobró la plata del norte mexicano, Monterrey se fue definiendo como la pieza sobre la cual giró gran parte del comercio interregional e internacional. Enseguida, al consumarse la guerra con Estados Unidos y definirse el límite internacional en 1848, se esboza la importancia que cobró el río Bravo como un componente relevante de una economía de frontera que operaba en ambas márgenes. Hacia el sur estaban Chihuahua, Coahuila, Durango, Nuevo León, Tamaulipas y Zacatecas, hacia el norte Texas; conformando un espacio regional binacional. Un aspecto fundamental que posibilitó que Monterrey se convirtiera en el pivote político, administrativo, militar y comercial fue la forma en que uno de los actores locales, Santiago Vidaurri, construyó un sistema regional poderoso que alcanzó un peso notorio en el ámbito nacional.

La Guerra de Secesión estadounidense, de 1861 a 1865, fue un factor decisivo que estimuló al norte de México convirtiéndolo en una macrorregión abastecedora y productora, facilitando la formación de grandes fortunas y propiciando la adquisición de una experiencia empresarial apta para operar con los principales centros económicos de Europa y Estados Unidos. El norte centro oriental de México, y en particular ciudades como Monterrey, con-

figuraron un eslabón decisivo en el tráfico comercial que desató la guerra. Al término de este conflicto, ya en la década de los setenta, se vivieron en los Estados Unidos los años de la reconstrucción, que conducirían inevitablemente a la Revolución Industrial. Un proceso hasta cierto punto comparable se manifestó en algunas regiones de México tras décadas de convulsiones internas, guerras civiles e invasiones extranjeras. En ambos casos, el Estado-nación ingresaba en su fase de afirmación. Al norte y al sur del Bravo los enormes capitales mercantiles, formados en tiempos de guerra, apuntaron sus baterías hacia otros objetivos: el crédito, la apropiación de la tierra y la producción. Por todo lo anterior, Cerutti señala que estos años funcionaron como una "bisagra histórica para ambos lados del Bravo".

La última sección del primer apartado se completa con un acercamiento a los acontecimientos más relevantes durante el Porfiriato. Aquí destaca, en principio, el impacto que tuvo la introducción del ferrocarril mexicano. Ya en los ochenta, el norte centro oriental de México fue sacudido por el tendido de grandes líneas ferroviarias. Las empresas estadounidenses bajaron hacia el sur y modificaron radicalmente la orientación atlántica de la economía mexicana. Con los ferrocarriles no sólo se ligaron segmentos decisivos de la economía mexicana a la de Estados Unidos, sino que también contribuyeron a la articulación del propio mercado interior. Con ello surgieron al menos tres grandes nudos en el entramado: Torreón, San Luis Potosí y Monterrey. Como resultado de estas condiciones, Monterrey se erigió como

la ciudad más dinámica de este enorme espacio. Se perfiló como un centro ferroviario de primer orden, acuñó un proceso de desenvolvimiento fabril, utilizó sus capitales en nuevos campos productivos, los bifurcó y asoció territorialmente, usufructuó con un mercado nacional en configuración, aprovechó su cercanía a Estados Unidos y, sobre todo, terminó de engendrar a su empresariado.

En esta amplia temporalidad que representó el Porfiriato, Cerutti explica que el matiz sustancial del florecimiento fabril, considerado como la primera fase de crecimiento industrial, fue la instalación de grandes plantas de metalurgia básica, las cuales brindaron posibilidades de inversión a capitales locales, de otros espacios regionales y extranjeros, utilizaron una avanzada tecnología y colocaron a Monterrey en una posición prominente. Con todo lo anterior, Chihuahua, La Laguna y Monterrey se perfilaron como un vigoroso eje empresarial capaz de atraer bienes y recursos de propietarios de otros puntos del norte y del país, convirtiéndose en pivotes estratégicos de un espacio económico impactado por el más grande mercado del planeta y erigiéndose como activos viveros empresariales.

Cerutti elabora una serie de comentarios finales para este primer apartado indicando que lo sucedido en Monterrey y su entorno norteño podría caracterizarse: *a)* como un caso de reorganización económica y *b)* como una oportunidad que permitió a sus grupos propietarios trazar el camino hacia un brote de industrialización. Estos núcleos comerciales pudieron implementar otras actividades: manejo del

crédito, uso productivo de la tierra y la explotación del subsuelo, acentuando el proceso de regionalización con eje en Monterrey. Esta base económica plasmaría una visión regional redimensionada con otros matices. Las condiciones para la inversión centrada en y ramificada desde Monterrey comenzaron a definirse, abriéndose a la inversión fabril, minera y bancaria. Finalmente, el norte centro oriental de México, y Monterrey en especial, disfrutó la oportunidad de operar con dos mercados: el nacional, de lenta conformación y ritmos pausados, y el de Estados Unidos, que se movía con ritmos más acelerados. En alguna medida, la Revolución Industrial entró en estos despoblados territorios de frontera. Y ello tuvo que ver con la reorganización espacial de las actividades económicas y con las múltiples oportunidades de enriquecimiento que usufructuaron los grupos empresariales en gestación.

El segundo apartado del libro comienza con el impacto que tuvo la Revolución en el norte de México. Al respecto, Cerutti indica que de los tres grandes nudos del desarrollo empresarial surgidos en el norte, el menos afectado resultó Monterrey, debido a que era urbano e industrial, y a que carecía de responsabilidad en el ejercicio del poder político. La Revolución encontró a este empresariado de Monterrey con el poder y la solidez suficientes, en términos económicos y sociales, para enfrentar los temporales de este conflicto militar y social. Siguiendo esta pauta se revisa lo sucedido con este empresariado regional en la década de los veinte y treinta del siglo XX en lo que entonces se llamó la Reconstrucción. En dichos años, aun cuando hubo se-

veras dificultades económicas y se gestó un nuevo estado producto de la Revolución, los empresarios no modificaron algunas de sus viejas costumbres: *a)* la capacidad de negociar con el poder público, *b)* el aprovechamiento de la condición semifronteriza de Monterrey y *c)* la afirmación de las redes familiares y la diversificación vertical y horizontal de la inversión. Los grupos nacidos de empresas madre intensificaban su ciclo de adaptación al nuevo régimen político, superaban la crisis del 29 y comenzaban a usufructuar el aparato de protección que montaba el estado.

Continúa el apartado con los años del periodo que va de 1940 a 1965, cuando se manifestó el segundo auge industrial de Monterrey y su área metropolitana. El crecimiento del sector fabril se caracterizó por una decidida concentración de capital en un número limitado de empresas y por una mayor especialización productiva o sectorización dirigida a la producción de bienes intermedios, de capital y de consumo duradero. Ligado a lo anterior apareció una impresionante gama de intermediarios financieros y muchas empresas-madre participaron en la fundación de bancos y casas financieras, siguiendo una experiencia vivida a partir de 1892, cuando se fundó el Banco de Nuevo León. Monterrey había logrado consolidarse como polo fabril aplicado a la producción de insumos industriales y bienes de consumo duradero. Las empresas-madre y sus grupos comenzaban a cerrar un proceso de acumulación sustentado en una alta especialización productiva. Como otros empresariados fabriles de América Latina, el asentado en Monterrey experimentó, a partir de los sesenta,

un firme proceso de asociación con el capital extranjero, en particular con el proveniente de Estados Unidos. La etapa de los conglomerados, de las coinversiones y de la transferencia tecnológica en función del mercado interior, puede ser observada desde el punto de vista de estos grupos empresariales como otro momento de adaptación.

Como un evidente contraste con el modelo de desarrollo forjado en el periodo anterior, el autor se enfoca en la crisis de 1982 y sus consecuencias en la economía de Monterrey. La crisis resultó un prolegómeno a un profundo proceso de reestructuración tanto del aparato productivo como de los mecanismos de organización empresarial, reconversión orientada a operar en un nuevo escenario económico internacional. Al inicio de la liberalización comercial que implementó el gobierno, los grandes conglomerados se vieron obligados a enfrentar el muy serio problema de la deuda externa. Además, la crisis tuvo otro efecto importante: la necesidad de tomar distancia del frágil mercado interno y orientar buena parte del esfuerzo productivo hacia los mercados del exterior. La política de penetración en los mercados externos se imbricó con la decisión de invertir en el exterior. Esta salida hacia los mercados foráneos hizo posible sobrellevar la crisis de 1994-1995. Para concluir esta sección, Cerutti indica que las alianzas estratégicas han sido uno de los matices centrales de las últimas respuestas del empresariado. Con ello se demuestra que desde el norte de México, y en especial desde Monterrey, se ha logrado enfrentar la dura

reconversión planteada por la crisis de 1982.

Luego del recuento de esta historia económica de 150 años, Cerutti matiza y amplía algunas conclusiones que había adelantado en los comentarios introductorios. Afirma que una de las bases de la perdurabilidad del empresariado estudiado habría sido la continuidad histórica de muchos apellidos en el incierto mundo del capital. Las "redes familiares" construidas a partir de unos cuantos núcleos parentales surgidos en la segunda mitad del siglo XIX parecen haberse tornado un elemento decisivo para la sobrevivencia y desenvolvimiento de esta burguesía con cimientos regionales, otro componente que se remarca es la "alta capacidad de adaptación" que ha presentado este empresariado de bases regionales. Al revisar el recorrido que se hace en el libro del empresariado, desde sus orígenes hasta la actualidad, se verifica que éste sigue funcionando y que además continúa haciendo buenos negocios. Al respecto, Cerutti matiza diciendo que aun cuando se presenta esta perdurabilidad y capacidad de adecuación del empresariado no se puede decir que todas las familias fundadoras hayan logrado sobrevivir. Por el contrario, cada crisis facilitó la aparición o incorporación de grupos familiares distintos. Con semejantes antecedentes, a nadie debería sorprender que en Monterrey se haya mantenido hasta el mismo 2000 el entramado familia-empresa ni que numerosas empresas sigan operando con éxito evidente, bajo el control y la conducción familiar, aun cuando se hayan transformado en enormes conglomerados o en empresa global.

Otros elementos estratégicos que explican el perfil y la perdurabilidad del empresariado con base en Monterrey son los “vínculos, intensos e históricos, con Estados Unidos” y la “propia dinámica regional norteaña”. Con respecto al primero, Cerutti indica que refiere al usufructo de la estrecha relación que desde el principio mantuvieron algunas familias con la economía de Estados Unidos y en particular con Texas. Se trata de una constante que alude a gran parte del norte y que funcionó desde los primeros mecanismos de acumulación hasta el Tratado de Libre Comercio. La relación con Estados Unidos, con su Revolución Industrial y su proceso de transformación en potencia atlántica, ha tenido una inocultable influencia sobre el norte mexicano, perdurando hasta el presente. En lo que corresponde al segundo elemento, el autor señala que corresponde a un rasgo que caracteriza al norte de México dentro de las sociedades periféricas y cuya explicación inicial reside en un dato geográfico o de localización: es un área adheri-

da territorial y económicamente al más grande mercado gestado por el capitalismo. La posición central de Monterrey dentro de una economía de frontera que se abrió con celeridad al capitalismo, le ha conferido a la capital de Nuevo León cierta significación en el escenario más global de las sociedades periféricas. Concluye diciendo que la vivacidad de los segmentos propietarios que se desarrollaron en el norte de México a partir de 1850 no se explicaría sin ubicar y reconocer el impacto procedente de la economía de Estados Unidos. Es el norte mexicano en su conjunto el que presenta una dinámica propia diferenciada, porque tuvo la oportunidad de operar simultáneamente dos mercados: el interno, de ritmos lentos, y el externo, dotado de mayor agilidad. Reconocer tal dinámica regional tanto en sus mecanismos seculares como en el corto plazo significa que el norte y sus empresarios supondrían el conjunto geográfico-humano con mayores posibilidades de adaptación a los actuales desafíos de la economía internacional.